NÚMERO IX MARZO 7 DE 1899 AÑO I

PHILADELPHIA

(NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD)

Más allá de la vida de las formas
Está la vida de la eterna idea,
Más allá de los mundos que perecen
El infinito que los mundos crea.

CARLOS ENCINA.

LA CARIDAD

La caridad es el camino más corto entre el hombre y Dios, pero ese camino sólo está abierto para el bueno, es decir, para el que ha sufrido.

Esto, que á primera vista parecerá una paradoja, no es, sin embargo, sinó la más exacta expresión de la verdad. En efecto, ¿cuál es la condición principal requerida para que la caridad pueda ser considerada como tal? *La ausencia absoluta del egoismo.*

El hombre que ejecuta un acto de beneficencia cualquiera, teniendo en vista una recompensa más ó menos real ó imaginaria, más ó menos cercana ó remota—aun cuando sea simplemente la de la gratitud que obliga en lo futuro los servicios del auxiliado—no profesa la caridad, sino realiza un negocio, todo lo problemático y extraño que se quiera, pero negocio al fin, desde que lleva en sí envuelto la esperanza de un provecho personal. La sola ostentación es bastante para quitar el carácter de virtud á la acción bienhechora, y por ello Jesús, entre las perlas que arrojaba al mundo en la forma de sencillos consejos, decía: «Que vuestra mano izquierda ignore la limosna que dá vuestra derecha.»

¿Quién, dadas estas condiciones, puede encontrarse en situación de seguir aquella vía? No es el egoista, como acabamos de ver, y menos, por consiguiente, el hombre de malos instintos ó de bajos sentimientos; pues así como el campo inculto y abandonado no produce hermosas flores ni exquisitos frutos, así tampoco germinan las virtudes en el ser que retarda su evolución.

Como todas las virtudes, la caridad tiene sus raíces en el sentimiento, y por eso el deseo de realizar el bien por el bien mismo, únicamente nace en aquellos que han alcanzado un distinguido grado de progreso espiritual; aquellos á los cuales el mundo llama «hombres buenos», y que no son, en verdad, sino séres que han sufrido, y que al regar con sus propias lágrimas el sendero de la vida, llevaron siempre sus penas resignados, teniendo á la fe por guía, y por horizonte á la esperanza.

El que conozca y se dé bien cuenta de la ley de la reencarnación, lógica y sábia hasta en sus mínimos detalles, puede, sin esfuerzo, encontrar en el íntimo pasado de la humanidad, la filiación de aquella virtud. Allá, entre el antiguo sufrimiento—olvidado, pero siempre presente por el fecundo sedimento que nos deja—se siente amasar su levadura; la que será tanto más suave y delicada, cuanto más largo haya sido el tiempo transcurrido en la labor, y más ruda la fatiga.

La caridad no es, en realidad, sino la compasión en ejercicio; pero, ¿qué es la compasión sino el dolor pasado, transformado por la experiencia en amor hácia al dolor ajeno?

Las amarguras experimentadas en una existencia cualquiera, desaparecen jeneralmente con la causa que les dá vida, y nunca duran más allá de la muerte; pero, á semejanza de las olas que invaden la playa, han dejado al retirarse un depósito de limo que será fuente imperecedera de progreso para el espíritu. Ese depósito se manifiesta en una nueva vida en la forma de impulsos hácia el bien: de aquí, la compasión; de aquí, el sentimiento de justicia; de aquí, el amor.

Sin la existencia de esa ley de la reencarnación, ¿cómo se podría explicar el secreto que mueve á esos séres extraordinarios, excepcionales, con los que algunas veces nos codeamos en el mundo, que arrastrados por una fuerza irresistible de que no siempre pueden darse cuenta, sólo se complacen en derramar sobre sus semejantes los sublimes dones de la caridad, mientras á su alrededor, impávidos, se hierguen la indiferencia y el egoismo? ¿Cómo, sin el auxilio de aquélla, se podría iluminar ese obscuro problema que está siempre ante nosotros, y que la ley de la herencia no ha sabido descifrar: el de las desigualdades morales entre los hombres? Y á fin de poner bien de relieve estas diferencias, tomemos, en la inmensa escala que nos presenta el ser humano, dos ejemplares opuestos, que son perfectamente típicos en su clase, y de los cuales, uno por lo menos, ha dado ya muchas veces tema al literato y al filósofo para interesantes estudios: es la *Hermana de la Caridad*.

Miradla en acción en el campo de batalla. Envuelta por el humo del com-

bate, su modesta figura se destaca entre el grupo de los guerreros, ofreciendo con su actitud al lado de éstos, uno de los tantos contrastes singulares de la vida. Entregada á su obra bienhechora, ni el cansancio llega á entorpecer sus miembros, ni el temor á la muerte, que desprecia, á detener su paso; y siempre serena y melancólica ante el cuadro que la rodea, vésela inclinarse á cada instante sobre el caido, al que lava cuidadosa las heridas, mientras trata con su más sentido acento de infundir en su alma la esperanza ó el consuelo.

Allá, junto al lecho del apestado; allá, donde hay una miseria que atender, donde hay una lágrima que enjugar; allá, como celeste mensajero, pródiga derrama su tesoro.

¿Qué busca en esos teatros, por lo común tan poco en armonía con los sentimientos tímidos y delicados de la mujer? ¿Qué la impulsa á abandonar la existencía apacible del hogar y á exponerse á las injurias de la muerte ó de los hombres? Célibe siempre, no es el amor maternal, como no lo es tampoco la ambición de la fortuna ó de la gloria: humilde y oculta bajo otro nombre que el propio, sabe, además, que el recuerdo de su acción y de sus beneficios, durará poco más que la blanca estela que trás sus pasos queda.

Ahora, considerad en frente de este tipo que sin pretenderlo atrae el respeto y la admiración de todos, á aquel otro que se esconde detrás de los sombríos muros de un convento. Es también una mujer.

Falta de valor para continuar sufriendo ó para desafiar los futuros embates de la vida, ó sólo impulsada por el egoista sentimiento de su propio progreso espiritual, abandona voluntariamente el mundo sin que alcancen á conmover su corazón los ruegos ni las lágrimas de los séres que la distinguen con su amor aunque entre éstos queden ancianos padres de quienes es la única alegría y á los que paga con negra ingratitud sus cariñosos desvelos. Indiferente á todo cuanto la rodea, se oculta en su impenetrable retiro, donde no llegan los écos de la desgracia, y con sus plegarias y con sus vigilias—estériles como su vida, desde que tienen orígen en un sentimiento bastardo, el del temor á Dios—cree, insensata, conquistar el cielo, donde sólo se reunen las almas de los que saben sufrir y saben amar.

¿Qué configuración especial del cerebro podría dar lugar á la formación de estos dos tipos, tan diversos por el sentimiento que mueve todos sus actos, y sin embargo, tan confundidos generalmente en una misma idea por la masa de la sociedad? Mientras el uno se siente poderosamente impelido á la abnegación completa de sí mismo en beneficio de los demás, el otro se aleja teme-

roso de la arena donde luchan sus hermanos, y, empujado por el egoismo, pasión que engendra á los cobardes, busca en la soledad del claustro seguro amparo contra el enemigo, y plácido y eterno bienestar para lo futuro.

Inútilmente llevaríamos nuestras investigaciones á sus células, pues no es en el cerebro—simple placa sensible en que se graban las ideas—donde debemos buscar la solución del enigma. Ello equivaldría á pretender encontrar el secreto del génio ó de la falta de inspiración del artista, en el lienzo que su mano transforma.

Si allá tuviéramos que ir en demanda de la misteriosa razón, deberíamos empezar por aceptar que ese pretendido autor de todas aquellas conquistas de que está tan orgulloso el hombre, en muy contados casos presenta sus funciones regulares, desde que el desequilibrio entre la inteligencia y el sentimiento es cosa vulgar, por lo común, en el mundo. No tenemos más que dirigir una mirada á nuestro alrededor, para ver á cada paso multitud de serés, con los cuales la Naturaleza, al par que fué avara al dotarlos de inteligencia, se mostró pródiga de buenos y nobles sentimientos; y, en cambio, ¿cuántos son los hombres que han descollado en la humanidad por la potencia de su intelectualidad, que puedan mostrarnos el fenómeno de una igual elevación moral?

El cerebro realiza en nuestra personalidad una función puramente mecánica. El no es sino el instrumento indispensable para las manifestaciones intelectuales del espíritu. Las ideas y los sentimientos nacen y se desarrollan en el alma; y si de alguna comparación es aquel órgano susceptible, diríamos que no es sino un fonógrafo que tiene por tarea imprimir, transmitir y conservar nuestras sensaciones y pensamientos. El raciocinio y el juicio, funciones exclusivamente psíquicas, serán, pués, tanto más perfectas, cuanto más delicado y bien construido sea el aparato de que tenemos que valernos.

Pero con el sentimiento no ocurre lo que pasa con la inteligencia que necesita de un órgano especial para mostrarse; y en prueba de ello, suponed, por un instante, el cerebro poderoso de Newton, debilitado por los excesos físicos ó intelectuales del individuo. Como consecuencia, el génio revelado por éste, habrá desaparecido; mas los sentimientos que abrigó durante su vida, permanecerán manifestándose en él con todo el vigor, con toda la intensidad de los mejores días, y al bajar á la tumba, caerá con sus órganos lesionados, pero conservando por los séres que le fueron queridos, el mismo amor de que les diera siempre pruebas.

Hay una creencia muy general, vulgar diré, que hace residir el sentimiento en el corazón, tal vez porque este importante órgano de la circulación, por

una simple y natural razón que la fisiología explica, es el que más fácilmente se daña con los padecimientos morales del hombre. Preguntad, sin embargo, á cualquiera de aquellas personas que, por su desdicha, lo tienen atacado por una afección cualquiera, si desde que experimenta los efectos de la enfermedad ha notado menos cariño hacia los suyos; si su compasión por el que sufre es menos viva, ó su caridad para el desvalido más escasa...

No; dejemos al organismo humano, máquina al fin, desempeñar ciegamente las funciones que como á tal le corresponden. No es en sus diferentes piezas, sino en el fuego que en su hogar está encendido, donde se encuentra el secreto que al hombre ajita y mueve.

No es tampoco la teoría impropiamente llamada *católica*, la que podrá jamás satisfacer la anciosa pregunta. Débil, como todo aquello que tiene al absurdo por base, la iglesia rehuye la discusión escudándose para ello detrás del dogma ó fulminando la condenación al impío, sin comprender que al espíritu moderno, que todo lo indaga é investiga, ya no asustan, como al niño, los fantasmas; y que, en su aspiración hacia la luz, no son diques que puedan detenerlo los truenos y anatemas de los púlpitos. Rechazada por la razón y por el sentimiento, que protesta de ella, la mantienen todavía en pié el indiferentismo, la ignorancia y la vanidad que sus sostenedores se cuidan de exaltar. Pero, á pesar de todo, examinemos sus enseñanzas, que no son, por cierto, las que fluían de la inspirada palabra de Jesús.

El hombre, creado por un acto de la Voluntad Divina, es enviado á la tierra por *primera y última vez*. A ella llega con los ojos vendados, aunque dotado de una cantidad más ó menos grande de voluntad, de inteligencia y de sentimiento, que varía en cada individuo, y que cada cual, debe desarrollar durante su paso por el planeta. Concluído el término de vida que el hombre tiene marcado y que por sus imprudencias puede acortar, y llamados todos á dar cuenta de sus actos ante el Supremo Tribunal, son unos condenados á un suplicio *eterno* por gravísimas faltas á su deber, otros á una temporada prudencial de sufrimientos, por no haber sido suficientemente buenos, yendo los demás á ser recompensados en la rejión de cielo, con goces intensos é infinitos, porque dándose exacta cuenta de su misión, practicaron sólo el bien. Es decir, Dios, fuente de toda bondad, esencia de toda justicia, fabrica á su capricho séres dotados de condiciones desiguales, y en seguida castiga con torturas sin fin á los que *Él mismo* desheredó, negándoles las cualidades necesarias para que pudieran ser buenos, mientras que, al mismo tiempo, premia á los que, favorecidos con esas cualidades, hicieron la natural aplicación de ellas. O en términos más claros: un individuo nace de pobre y humilde cuna, contrahecho,

con malos instintos y escasa inteligencia; ¿por qué? Porque así lo dispone su Creador. Crece y se desarrolla en la miseria y en la ignorancia. Es la burla de los unos, la bestia de los otros. Los malos ejemplos, que mira á su alrededor, los sufrimientos y sus propios instintos, lo conducen al vicio. Convertido en un criminal emperdenido, se embriaga, roba, asesina, es expulsado de la sociedad y encerrado en una cárcel; muere, en fin, y su alma vá al Infierno á pagar por una *eternidad*, faltas de que, en realidad, no es culpable. Pero, otro hombre, en cambio, nace en la opulencia; rico en inteligencia, bondadoso y caritativo. No hay dolor que no esté dispuesto á sofocar. Vive feliz en medio de los alhagos de la fortuna, del amor de los suyos, de la consideración de los extraños y de la tranquilidad de su conciencia. Su nombre es querido y venerado por los pobres, por los afligidos; y al morir, el cielo le abre de par en par sus puertas.

¡He aquí una teoría que sería repugnante, si no fuese ridícula! Y quién rebaja ante tan ínfimo nivel la más alta y la más pura concepción del sentimiento humano; ¿podrá acaso demostrar de alguna manera la grandeza y la perfecta justicia que en su aparente desigualdad encierran las obras de Dios? El gato, recreándose con el martirio que al ratón impone antes de ahogarlo entre sus garras, ¡aparece allí como una imagen pálida y desvanecida de Aquél de quién emana el Amor, causa originaria de toda existencia!

Esta teoría, como el negativo fotográfico, no puede recibir la luz; y de ahí proviene el que la Iglesia, apoderándose para defenderla, del dogma, del artículo de fe, aparece intransigente, cuando solo es, en realidad, convencida de la mala calidad de sus armas.

El malo y el bueno, como el egoista y el generoso, no son creaciones *especiales* de Dios, á quien, por otra parte, no se le puede, sin blasfemar, representar entretenido en hacer mundos, hombres, animales y cosas, para ocuparse después del modo como ellos se desenvuelven y proceden. Aquellas desigualdades no son sino diferencias del momento, y no marcan otra cosa que diversas etapas del camino. El bueno fué también malo, como fué egoista el generoso, de la misma manera que el sabio fué primero ignorante, y el adulto, niño; y á su vez, siguiendo el órden natural y lógico del progreso que á todos alcanza, llegará para el malo el día en que sea bendecido por sus semejantes por las virtudes de que estará adornado. Es que el hombre no realiza su evolución en una vida, que es un soplo ante la eternidad que lo rodea; ni su misión, grandiosa, puesto que es divina, puede desenvolverse en las breves horas que transcurren desde el acimiento á la tumba.

La ley de la reencarnación, pues, al dar la clave del misterio, hace resaltar, ante la conciencia oprimida por la duda, la eterna justicia que preside la distribución de la felicidad y del infortunio sobre la tierra.

Ante ella, la *Hermana de la Caridad* y la *Monja* no representan otra cosa que dos épocas distintas de la vida espiritual; aquélla es el sér que viene yá con un caudal inmenso de experiencia, adquirido poco á poco en existencias anteriores, á su propia costa, y después de largas vicisitudes y dolores; la otra, es el joven que todavía no se ha dado una exacta cuenta de la vida, porque no ha aprendido lo bastante á sufrir, y que rodeado de las ilusiones que él mismo se forja, cree que su bienestar estribará siempre en la satisfacción de sus egoistas aspiraciones.

Como se vé, no hay necesidad de atribuir imperfecciones á lo que es perfecto. Dios es la suprema justicia, porque es la suprema sabiduría, y en Él no cabe, por consiguiente, la creación de desigualdades monstruosas. Comparar un sér de instintos bajos y brutales con otro de sentimientos puros, y sin más elementos que los que se desprenden inmediatamente de su confrontación, pretender luego encontrar la razón de su existencia, es simplemente insensato; como lo seria el querer sacar consecuencias de los actos del pequeñuelo y del hombre, sin tener en consideración para ello el único factor que nos puede dar la clave: la diferencia de edad que los separa y que se traduce en diferencia de fuerza, de saber y de experiencia.

No desprecies al egoista, ni os alejéis nunca, por repugnancia, del malvado. Ellos no son culpables de ser jóvenes, de ser inexpertos, y necesitan por esto más que otros del auxilio de sus hermanos mayores. Así como tomais de la mano al niño para hacerle segura y cómoda la marcha, tendedla á aquellos también con simpatía, ayudándolos de esa manera á recorrer más pronto el fatigoso camino que, por vuestro bien, el tiempo os hizo conocer. La caridad que únicamente se hace al bueno, no tiene los caracteres de la perfecta virtud; pues demuestra ser sólo la obra de una idea, aunque elevada y digna de aprecio, y no de un espontáneo sentimiento que, por lo mismo, no tiene favoritos ni procura elegir sus protegidos. Ella debe de ser como la lluvia que, si si bien se derrama muchas veces en fértiles terrenos—y aun se pierde en la extensión inmensa de los mares—no deja por eso de llevar á los desiertos su fecundante y bienhechora acción. Cuanto más raquítica es la planta, más necesita del calor y la humedad; elementos que representan en el órden físico á las dos grandes fuerzas que conducen al hombre á la cima del progreso: el amor y la caridad!

Uno de los efectos de esta virtud, es, además, el de disminuir para lo fu-

turo los padecimientos del ser que la ejercíta; divino prémio inscrito en la ley eterna de Justicia. *Una lágrima enjugada en el ojo del que sufre, será una lágrima menos en el propio.* Así el hombre, único autor de los males que lo afligen, tiene, en el propio sentimiento de compasión, producto de los sufrimientos pasados, el seguro medio de salvar nuevos escollos para llegar radiante, alguna vez, á la playa ambicionada.

Vehículo del amor, la caridad tiende á disminuir las distancias que mantienen alejados á los hombres, los que, algún día, fundidos por su intermedio en un mismo sentimiento y en una común aspiración, realizarán así la prédica sublime de Buddha y de Jesús. No más dolor, entonces; no más caridad. El sentimiento de la fraternidad, vibrando al unísono en todos los corazones, con la muerte del egoismo, habrá desterrado para siempre al sufrimiento; y el sér humano, convertido por fin en Dios, podrá contemplar recién cumplida su laboriosa misión.

ALEJANDRO SORONDO.
M. S. T.

LA RELIGIÓN

BAJO EL PUNTO DE VISTA CIENTIFICO (1)

Si comparamos los términos ciencia y religión, tales como hoy son interpretados en Occidente, tenemos que constatar que ellos expresan el profundo antagonismo que separa, en el pensamiento occidental, á las dos grandes manifestaciones de la inteligencia humana.

En efecto, el mundo científico considera al hombre religioso como un sér digno de piedad; al menos, ese era el sentimiento general hace algunos años; y el hombre positivo, de su lado, no ve en la Religión sino un enemigo del progreso, tal como lo concibe. La lucha entre el elemento religioso y el elemento científico se ha perpetuado tanto en Europa como en América.

Sin embargo, desde tiempos inmemoriales, la Religión ha sido reconocida

(1) Conferencia leída en Paris el 8 de Junio de 1898, por el Brahmacharin indio, Chatterji, en la sala de los Maturinos.

como una ciencia no solo en las Indias, sino entre los cristianos y en las religiones primitivas; y cuando me expreso así, entiendo por Religión, la obediencia á la ley universal; es decir, la conducta metódica y ordenada de nuestra vida y de nuestra actividad, puestas en armonía con las obras de la naturaleza; y por ciencia, el conocimiento positivo de los hechos de la naturaleza física y de los de la hyperfísica.

Encarando así á la Religión y á la Ciencia, se reconoce inmediatamente que entre ambas existe un terreno que les es común.

La Religión debe ser sostenida por la Ciencia, no siendo esta sin aquella otra cosa que una seca y fria enumeración de la Naturaleza.

Para estar en armonía con el Todo, es necesario conocer los hechos tales como existen en el panorama que se desarrolla alrededor de nosotros, es preciso conocer todas las leyes que rigen el Cosmos y obedecerlas.

La Religión y la Ciencia conducen á este conocimiento de la armonía. Ellas no son sino los dos aspectos de una misma cosa, implicando la disención entre ellos el estado mórbido y el desarreglo de todo el organismo.

Las leyes de la Naturaleza hyperfísica no son comprendidas por la inteligencia poco desenvuelta, y aquellos que pueden reconocer en la naturaleza los hechos y las leyes que van más allá de donde alcanzan nuestros sentidos, se encuentran en muy pequeño número.

Es necesario para la masa, que ella acepte la existencia de estos hechos y de estas leyes según la autoridad de los libros santos y de los maestros; pues al hombre insuficientemente desenvuelto, es inútil dar la razón de aserciones que escapan á su entendimiento.

¿Cómo, este hombre ordinario, podría concebir la verdad y comprender todo? Su inteligencia se rehusa á ello. Pero á medida que su espíritu se vá desenvolviendo, se le dá entonces las bases intelectuales indispensables á sus creencias.

Los hombres, pues, que son incapaces de reconocer por sí mismos las leyes de la naturaleza hyperfísica, deben guiar su vida por la aceptación de las leyes que la rijen, leyes que les son dadas primero por la fe, después por la razón, hasta el día en que, suficientemente evolucionados, puedan constatar por ellos mismos la verdad trascendente.

El hombre adelanta paso á paso de la fe á la razón, de la razón á la ciencia positiva, y todo este conjunto constituye la Religión.

Esos tres elementos contribuyen á la conducta de su vida y de su actividad y los tres le son necesarios.

El sábio que no quiere ver sino un lado de la cuestión y que rehusa admitir

que el hombre religioso está en posesión de cosas que escapa á su ciencia, limita su campo de acción y no posee sino datos incompletos.

Toda religión, toda concepción estrecha, exije una fe ciega, y el sábio de espíritu estrecho se imajina que nada existe más allá de sus percepciones físicas. Todo cuanto escapa al control de sus sentidos debe ser, según él, rigurosamente puesto á un lado, y este prejuicio es la causa de las divisiones que alejan la una de la otra á la Religión y á la Ciencia.

El hombre cuyo espíritu esté equilibrado por un desenvolvimiento racional de sus facultades, conoce el sitio de todo en el Cosmos, busca la utilidad de cada cosa y se guarda de los excesos de apreciación.

Si nos damos cuenta bien de estas tres etapas del espíritu humano: la fe, la razón y la ciencia positiva, vemos entonces cómo la Religión puede ser tratada como una ciencia.

La Religión es el arte de conducir cada uno su vida física, su vida moral y su vida mental.

Pero, para que el hombre pueda conducir su vida según la ley, y con entero conocimiento de causa, es preciso que llegue á descubrir esta ley por sí mismo. Antes que haya alcanzado este grado de desenvolvimiento, debe primeramente aceptar aquello que le ha sido dado de la Ley por la fé, después pedir el auxilio de la razón y elevarse poco á poco por ella hasta el conocimiento positivo.

Esto ha sido admitido en la India desde tiempos inmemoriales, habiendo sido siempre allí reconocida toda libertad de pensamiento. Entre nosotros no existe nada de semejante á lo que vosotros entendeis por la ortodoxia, es decir, la creencia ciega en el dogma, creencia que quiere obligar á todo espíritu, cualquiera que sea su grado de adelanto, á creer sin exámen.

La ortodoxia, como artículo de fe, es desconocida en mi país. Es ortodoxo allí aquél que gobierna su vida según las leyes morales instituidas por los grandes sabios. Pero entre los Brahmanes ortodoxos, la clase más elevada de los indios, encontrareis todas las manifestaciones del pensamiento humano.

Oireis proclamar por los unos que el mayor sábio es aquel que se ha dado cuenta de todo; que no hay en el mundo sino una sola realidad, Dios ó Brahma, y que esta divinidad se manifiesta bajo formas múltiples que son Dios.

Otros, según la filosofía Sân Khya, dirán que es una locura afirmar la existencia de un Dios bajo el aspecto de un creador y de un gobernador, no habiendo, además, ninguna prueba de la existencia de Dios.

El panteista, que sabe que toda cosa es la manifestación de Dios, y el

ateo, que niega esta existencia, son igualmente ortodoxos, si reglan su vida de acuerdo con la ley moral de los grandes sábios, y entre esas dos categorías extremas, encontrareis todos los grados y todas las formas del pensamiento. Cada uno tiene el derecho de creer que lo que piensa es la verdad, pues, si el espíritu de hombre no es libre de buscar su via, jamás podrá alcanzar el conocimiento directo y positivo.

Esta libertad de pensamiento, tal como existe en la India, ha sido constatada por los eruditos que han estudiado su literatura. Un protesor inglés, conocido por todos aquellos que han leído las obras literarias de mi país, Mr. Williams Person, se ha especializado en el estudio de la filosofía Sân Khya y ha rendido particularmente homenaje á su espíritu de tolerancia.

*
* *

La Religión es una Ciencia susceptible de verificación. Las verdades trascendentes pueden ser controladas como los hechos de la naturaleza física.

No es por vuestra fe que podreis encontrar la verdad, dice el filósofo indio, sino por vuestras obras y por vuestra conciencia. Lo que sabeis y lo que haceis, tal es el fin, y no lo que creeis ó lo que aceptais.

La creencia tiene su utilidad y su sitio, pero la creencia no es todo. La verdadera solución viene por el conocimiento.

Tal fué, también, la enseñanza del Cristo, ese gran Maestro nacido sobre la tierra judaïca. «Conoced la verdad», decía, y para conocer la verdad es necesario que el hombre sea libre.

Oponed á esta afirmación del Maestro la condición actual de la cristiandad sometida á la fe ciega, y vereis á qué punto viola las enseñanzas de Aquél que ella pretende seguir.

Si reconoceis el hecho de que el conocimiento exije la libertad del pensamiento para florecer y desenvolverse en el alma humana, vereis desaparecer toda idea de dogma.

Ese era el espíritu de la India en el pasado, tal es también el espíritu de la Sociedad Teosófica.

De nadie se exije la aceptación de tal dogma ó de tal creencia, porque la libertad de pensamiento es esencialmente necesaria al progreso intelectual y moral del hombre.

La Teosofía es la expresión de esos grandes sábios que florecieron en el país en que he tenido el privilegio de nacer, y ella no puede hacer otra cosa que profesar la más ámplia tolerancia para todas las apreciaciones, pues

la Teosofía es la ciencia de la Religión y nosotros no podemos cojer de esta ciencia, sino las partes que son accesíbles á nuestro entendimiento actual.

Los puntos que son aún para nosotros incomprensibles, se revelarán poco á poco á nuestra inteligencia, á medida que nuestro ser espiritual, desenvolviéndose, adquiera percepciones más estensas por el trabajo de la epuración. La teosofía es una ciencia susceptible de verificación. Es conocida en la India bajo el nombre de *Brahma vidya*, término que es equivalente á la palabra griega Theosophia, de orígen más reciente.

Brahma la divinidad, Brahma el gran Ser, manifiesta y proclama esta ciencia de todas las ciencias, la ciencia divina.

Ella es trasmitida desde los orígenes del mundo, de generación en generación. Jamás una época ha sido olvidada y la cadena de la tradición se desarrolla en una sucesión no interrumpida de anillos.

La Brahma Vidya enseña primeramente la ciencia divina, bajo forma teórica, á aquellos que puedan comenzar á percibir la verdad por su propia razón; pues, á los que no han alcanzado á ese grado de la evolución, la relijión del mandamiento, la de la fe sin comentarios, es aun indispensable. Tal es la religión exotérica, que es destinada á todo individuo que no sabe pensar por sí mismo.

Esta misma doctrina ha sido profesada por el Cristo. Un hombre fué á Él preguntándole lo que debía hacer para ser salvado: «Id y observad los mandamientos,» le dijo el Cristo. El hombre replicó: «Pero siempre los he observado». Entonces, toma tu cruz y sígueme».

Quería enseñar con esto que hay dos grados en la Religión. El del mandamiento, instituido para aquellos cuya razón no se ha despertado aún, y el del conocimiento, que debe ser alcanzado por el hombre suficientemente evolucionado para llegar allí por sí mismo.

En las Indias tenemos los mismos grados.

La sabiduría no es de ningún modo el patrimonio del hombre que pertenece á la parte más inferior de la sociedad; de aquél que busca la felicidad en los placeres de los sentidos; que aspira á un cielo poblado de las cosas de la tierra, donde espera encontrar la satisfacción de sus deseos. Este hombre está aún en la infancia y no puede elevarse hasta las enseñanzas de la sabiduría.

La filosofia india ha dividido brutalmente á la humanidad en dos clases: los sabios y los locos.

Los locos buscan los goces de los sentidos, y no son accesibles sino á la forma exterior. Las ceremonias del culto, todo lo que alcanza y hiere al

alma por signos é imágenes sensibles, es su patrimonio. No se encuentran aún sino en el grado de la obediencia pasiva y como los niños tienen que ser mandados. No es para ellos para quienes está destinado el estudio de la ciencia trascendente.

Pero el que consigue libertarse de las formas del ritual; que reconoce que la verdad está mas allá de toda forma; que ella es una bajo todas las máscaras de las religiones; ese hombre es digno de ser progresivamente iniciado en la sabiduria más elevada.

Si el estudiante quiere descubrir la verdad bajo los velos que la ocultan, debe comenzar por hacer á un lado todas las formas transitorias que ella reviste y desenvolver en él sus cualidades morales y su voluntad, y cuando se encuentre asi preparado para recibirla, se le enseña principalmente la teoría de la ciencia trascendente, procediéndose como se procede, por ejemplo, con la enseñanza de la química, en la cual empezais por enseñar la teoria de la composición y descomposición de los cuerpos y la razón de los diversos fenómenos químicos, para hacer pasar despues al estudiante que desea convertirse en un maestro de esta ciencia, de la teoría á la práctica, poniéndolo en condiciones de verificar, por sus propias experiencias, las leyes y los principios que antes le habias enseñado.

Del mismo modo, el estudiante en religión debe llegar á verificar personalmente las verdades que ha aprendido por medio de su inteligencia.

Para llegar á este fin, debe cultivar todos los objetos de la naturaleza, hacerse dueño de su cuerpo físico, purificar su naturaleza pasional, transformar todas las potencias de su mental en una potencia única y derramar sobre la Humanidad todo el amor de su alma; pues el amor y el desinterés son la esencia de la vida espiritual. Con estas condiciones el estudiante llegará á ser un instrumento perfecto, que podrá descifrar las leyes del mundo hyperfísico.

Cuando un hombre quiere estudiar una ciencia cualquiera: química, física ó astronomía, está obligado á servirse de instrumentos y de aparatos especiales, que vienen á confirmar las imperfectas apreciaciones que le suministran sus sentidos.

El estudiante de la ciencia física construye los instrumentos que le son necesarios con ayuda de los materiales que saca del plano físico, pero el estudiante de la ciencia hyperfísica no puede tener sus instrumentos, ni su laboratorio, sino en sí mismo.

Los instrumentos físicos no pueden controlar más que hechos de órden físico, pues son impotentes para registrar hechos hyperfísicos. Sin embargo,

es posible encontrar instrumentos que puedan traducir estos últimos: tales son los mediums y los sujetos sonambúlicos ó hipnóticos, quienes están dotados de organismos especiales y pueden ser influenciados por fuerzas más sutíles que las físicas.

Por ellos se puede reconocer indirectamente la acción de las fuerzas hyperfísicas, pero no se puede alcanzar el conocimiento directo de esas fuerzas. Veis, por ejemplo, un fenómeno de materialización. El efecto constatado es un efecto físico, y decís: este efecto es producido por una causa suprafísica; pero, como no teneis la percepción directa de esta causa, no sabeis en realidad nada del mundo hyperfísico.

Supongamos que obteneis en una sesión espiritista la escritura de uno de vuestros amigos muertos. Lo que veis es la escritura, y, según la similitud de los caracteres de ella, concluis que ha sido producida por vuestro amigo que se ha puesto para esto en relación con el medium. Sin embargo, el medium puede muy bien dar una muestra de tal escritura sin que vuestro amigo haya tenido la menor participación en el asunto. Si yo conozco las leyes que rijen al mundo hyperfísico, puedo influenciar al medium sin que él ni vosotros lo sepais, de tal manera, que la comunicación que él obtenga por mi intermedio os parezca realmente un mensage de vuestro amigo difunto.

Todos estos fenómenos no constituyen pruebas absolutas, desde que escapan las diversas causas que son capaces de producirlos.

Para obtener el conocimiento directo, es preciso poder hacer la verificación de los fenómenos del mundo hyperfísico por uno mismo, así como el sabio verifica los fenómenos del mundo físico, y esto no puede conseguirse sino por el desenvolvimiento de nuestras facultades interiores, que son nuestros medios de investigación, desenvolvimiento que exige el mayor trabajo y la más grande constancia.

Los hechos del mundo hiperfísico se convierten entonces para nosotros en fenómenos sensibles y no dependemos ya de simples teorías emitidas por otros, sino de nuestro propio conocimiento de las leyes que gobiernan al mundo visible y á los invisibles. Es de este modo que la Religión viene á ser para la dirección de nuestra vida un asunto de conocimiento.

A fin de esclarecer mejor la cuestión, presentaré un ejemplo:

Tomemos una de las grandes verdades religiosas: la idea fundamental de la supervivencia del alma.

Esta verdad está aceptada, bajo la sola autoridad de la palabra, por el hombre inferior, á quien se le manda creer. El hombre especulativo que refle-

xiona, después de haber examinado un gran número de hechos, llega por sí á la conclusión de que debe haber otra vida después de la muerte; sin embargo, todos sus raciocinios no pueden darle sinó probabilidades. Enseguida viene el grado que permite al individuo verificar personalmente estas probabilidades y constatar directamente esa otra vida, cuestión que no me es posible tratar aquí como está expuesta en la India, pero sobre la cual haré algunas indicaciones.

El alma existe y esto es lo que es preciso demostrar; pero no teneis ninguna prueba de esa existencia. Habeis deducido de vuestro raciocinio que tal existencia es la cosa más probable y vuestra conclusión ha sido confirmada por un cierto número de testimonios. Os falta, pues, constatar directamente la existencia del alma.

¿Como procederías? ¿Sería asistiendo á una experiencia espiritista ó siguiendo experiencias hipnóticas? Con ello no se obtendría sinó probabilidades, pues esos fenómenos son producidos por causas mal definidas, suponiendo muchos de vosotros que son debidos á almas desencarnadas.

Ciertamente hay algo detrás, pero ese algo no puede ser percibido por vosotros, y por consiguiente, verificado de una manera directa, como si hubieseis llegado á ensanchar los límites de vuestra conciencia.

La conciencia no es otra cosa que la respuesta de nuestra sensibilidad á incitaciones exteriores. La causa de los objetos existe fuera de nosotros, pero percibimos estos en razón de las modificaciones que sus vibraciones nos hacen sufrir.

Si respondemos á las vibraciones de un objeto, lo percibimos; pero si las vibraciones que emite son muy sutíles para nuestros sentidos, no tenemos conciencia del objeto, y para nosotros no existe.

Hay una multitud de vibraciones que rejistramos, pero también hay un número mucho mayor que se nos escapan. Por la educación de nuestra facultad de conciencia, podemos estender y completar el campo de nuestras percepciones, y he aquí un caso, tomado en la vida ordinaria:

Figurémosnos dos personas, una poseyendo una educación musical, otra desprovista de ella, y conduzcámoslas á un concierto. La primera, cuyo oído ha sido cultivado, percibirá mayor número de notas y muchas más combinaciones que la segunda, quien, si afirmase que las vibraciones que no distingue no existen, diría lo que es una verdad para ella, pero un hecho falso para quien las distingue.

Si por la educación, pues, podemos aumentar la estensión de nuestros sentidos físicos, por una enseñanza bien comprendida, podemos llegar á res-

ponder gradualmente á vibraciones de órden más elevado que la vibraciones físicas. Llegaremos, por ejemplo, á hacernos sensibles á vibraciones más sutíles que las del éter, que, aunque representa, en su estado más elevado, el límite del plano físico, nadie tiene el derecho de decir que más allá de él no hay ya vibraciones. Se puede decir: no sé; pero, la negación absoluta no es sino el signo del raciocinio falso y de la ignorancia.

Aquellos que saben, os dirán que hay vibraciones más allá del estado etérico, y que ellas penetran el éter como este penetra al mundo físico.

Tales vibraciones sutíles manifiestan el reino de la mentalidad y de la inteligencia, comprendiendo, además, las pasiones y las emociones, y ese reino de la Naturaleza tiene sus divisiones y sus subdivisiones, todos grados de la escala que pueden ser percibidos por el hombre cuando este responde á las vibraciones de ese plano mental. Es entonces, que el individuo humano llega á hacerse conciente de la naturaleza hyperfísica y que adquiere contacto, primeramente con lo que llamamos el astral, y después con planos cada vez más superiores.

No hay, sin embargo, necesidad de ir hasta el grado más elevado del Universo para reconocer que el alma existe independientemente del cuerpo.

Cuando el hombre es capaz de responder á las vibraciones que se producen más allá del éter, vé, por sí mismo, las entidades que han dejado su cuerpo, y bien que esto no sea más que el principio de su desenvolvimiento espiritual, el alma viene á ser para él una realidad absoluta y no una simple creencia.

Para poder estender su conciencia, el hombre debe seguir dos vias paralelas: la una que es destinada al acrecentamiento de su percepción, la otra á aumentar el valor de su espíritu.

Para percibir una nota sutíl, es necesario que nuestro ser esté en la calma más absoluta. Esta tranquilidad no es la del reposo ó de la soledad, el ensueño del alma, sino todo lo contrario, pues nuestra conciencia debe ser intensa y nuestra atención completa. Es la calma que nace cuando se ha hecho callar la voz de las pasiones y de las emociones, para obtener la cual es preciso aprender á trabajar sin poner para nada en juego el interés personal.

Mientras se piensa en el yó, se mantiene agitado el espíritu. Por eso hay que llegar á destruir ese pensamiento, si se pretende alcanzar verdaderamente el desenvolvimiento de nuestras facultades superiores.

Trabajad, pues, por la humanidad, por Dios, si preferis esta palabra; por el Maestro, como lo diríamos nosotros; y cuando hayamos aprendido á ejercitar todas las partes de nuestra naturaleza y trabajemos, no por el yó,

sino por la universalidad, entonces, por una parte, nuestra percepción aumentará y por otra, adquiriremos la paz del corazón y del espíritu. Es únicamente cuando esos dos elementos se han combinado bien, que la meditación se hace posible. Entonces, por la calma, por la atención aguda, nuestra alma entera se derrama hasta cierto punto en nuestro oído, donde llegan las sutiles vibraciones de regiones trascendentes. Nuestra naturaleza tranquila las percibe y responde á ellas, haciéndonos concientes de cosas que escapaban antes á nuestra atención.

Es, así, que llegamos á conocer las verdades religiosas como hechos científicos; y todas las verdades religiosas pueden ser percibidas por el estudiante sincero. El puede saber de una manera positiva que ha existido sobre la tierra, no una vez sino muchas, puede atraer á sí el recuerdo de sus existencias pasadas, puede ensartar en un mismo hilo todas las perlas de sus vidas sucesivas desgranadas en los mundos y unificarse de ese modo en personalidades diferentes.

Después, dando un paso más, encontrará que todas esas razas, todos esos pueblos, todos esos séres, que componen la humanidad, no son sino los múltiples aspectos de la inteligencia suprema. Reconocerá igualmente tambien la fraternidad de todo lo que existe, no como una impulsión del alma ó un sueño del pensador, sino como un hecho en la Naturaleza.

La conciencia se identifica poco á poco con lo universal y el hombre llega á un punto donde, desvaneciéndose su conciencia espiritual, caen las barreras que lo separaban de Dios y viene á ser un maestro como el Cristo ó Buddha. Como ellos, se ha identificado con todos, y para él, la creencia religiosa de que Dios está en el corazón de cada uno, cesa de ser una hipótesis para convertirse en una poderosa realidad.

Yá no es más que uno con su padre y con sus hermanos, y es así que cumple el ciclo de la evolución hnmana y se transforma en un maestro perfecto.

Para él, la religión y la ciencia se han fundido en una sola cosa: el conocimiento.

El hombre por sí, viene á ser entonces la ley, es decir, que todas sus acciones, todos sus pensamientos, se han identificado con Dios, con la ley universal de la que él se ha hecho una fórmula viviente; y por esta evolución se termina la lucha secular de la religión y de la ciencia.

Es para apresurar el fin de esta desinteligencia que divide al mundo que piensa, que la Sociedad Teosófica ha aparecido. En sí mismo el movimiento teosófico es tan viejo como el mundo, pues la teosofía nos llega de Dios.

Es la salvación de la humanidad, corriente de agua viva cuya fuente está en los orígenes del universo y cuyos ondas han abrevado siempre á los hombres.

La Sociedad Teosófica no es sino una de las manifestaciones de esta vida espiritual que se ha infundido siempre en la humanidad, y ha venido en su tiempo para satisfacer á las exigencias de la sociedad, como el Cristo, ese gran Maestro, vino en el suyo para esparcir la luz de la verdad. La sombría Edad Media, sin embargo, al ahogar el conocimiento, hizo que la enseñanza del Cristo se perdiera y que la ignorancia reinara como única soberana, hasta que la rebelión del espíritu contra una religión dogmática y estrecha dió motivo para que el exceptismo tomara cuerpo. El materialismo negó entonces todo y las revoluciones trastornaron al mundo.

A pesar de ello, y como para preparar la via al despertar del espíritu humano, el conocimiento de la literatura india se difundió, y sabios como William Person, filósofos como Schopenhauer, y muchos otros, estudiaron y propagaron la filosofía oriental. El camino empezaba ya á allanarse cuando el movimiento espiritualista aplicado hizo irrupción, obligando la atención de los sabios y conmoviendo su convicción.

Poco á poco, paso á paso, fué conducida la humanidad á un grado en el que se encontró pronta para recibir la enseñanza de los maestros. Los simples fenómenos del movimiento no podían ya satisfacer al espíritu pensador; hacía falta algo más que las ciencias materiales, faltaba una ciencia divina, la de la Religión, y para satisfacer á esta exigencia de la humanidad, la Sociedad Teosófica fué creada debiendo servir de intermediaria á los Maestros que siembran de nuevo en las almas los gérmenes fecundos del conocimiento.

Al terminar, permitidme deciros, que si yo, modesto representante de esa raza, de esa nación que ha cultivado durante edades sinnúmero la ciencia trascendente, he podido contribuir con mi óbolo á este gran trabajo, viniendo á hablaros de las altas enseñanzas de la Religión; si he logrado en algo daros alguna luz sobre esa sublime cuestión, el mérito no me pertenece, pues él es de Aquellos de los que no soy sino el humilde intérprete. Y si habeis podido encontrar en lo que he dicho numerosos defectos, espero que me los perdoneis y que á pesar de ellos y de mis insuficientes explicaciones, encontreis la verdad que se oculta detrás de las débiles palabras que he tenido el honor de pronunciar ante vosotros.

J. C. Chatterji.

LOS HECHOS PSÍQUICOS

El hombre no debería ser ni crédulo, ni incrédulo. La credulidad sin espíritu crítico, nos hace el juguete de ilusiones y de mentiras. La incredulidad sistemática encierra al alma en una cáscara de nuez y la ciega. En aquél como en este caso, hay una especie de anemia de pensamiento y uno se pregunta cómo el ser humano, cuya esencia es pensar, puede caer en tales extremos. Tal es, sin embargo, el hecho general.

Ningún problema, sin exceptuar los de la astronomía, es seguramente tan importante como el de nuestra naturaleza espiritual. ¡Siempre de pié la famosa cuestión de Hamlet en el cementerio: *To be or not to be*, ser ó no ser! Desde la aparición del hombre sobre la tierra, las religiones y las filosofías han pretendido resolver el problema, sin obtener de la esfinge, constantemente muda, mas que una irónica sonrisa; mientras tanto, la humanidad en todos los tiempos parece haberse dividido en dos campos: el de los que creen y el de los que no creen.

Sin embargo, desde hace un medio siglo, la ciencia humana, al ensanchar sus conocimientos, nos muestra que las apariencias exteriores son engañosas y que el mundo visible no es sino la envoltura de un mundo invisible. El hermoso descubrimiento de Rœntgen, que data de ayer, hace actualmente *veer lo invisible*.

El progreso filosófico de esta evolución de la ciencia, me parece sobrepasar aún al progreso puramente científico. Teníamos la tendencia á no atenernos sino á nuestros ojos, á nuestros oídos, á nuestros pobres cinco sentidos, y ved que lo invisible se nos aparece, permitiendonos los progresos de la física, constatar la existencia de los rayos infra-rojos y ultra-violetas y medirlos, revelando así un espectro solar invisible, veinte veces más extenso para nuestra retina que el espectro visible; sorprendiendo la fotografía, en el fondo de los espacios, estrellas y universos lejanos, absolutamente invisibles á los más poderosos telescópios; transportándo eléctricamente el teléfono ondas sonoras, por una fuerza y con una velocidad que nada tiene de común con la acústica; y fijando el fonógrafo los sonidos fugitivos de la palabra. Estos descubrimientos, estos nuevos métodos, transforman por completo las ideas vulgares sobre la naturaleza, las que nos invitan al análisis profundo de las cosas.

No hace todavía mucho tiempo que la palabra presentimiento parecía sinónimo de ilusión ó de coincidencia fortuita, mientras que hoy, la observación de los hechos nos demuestra que el porvenir puede ser algunas veces visto con precisión, sea en sueño, sea en sonambulismo espontáneo ó provocado, sea en el estado de vigilia.

Se piensa por algunos que el porvenir no existe. ¿Están bien seguros de ello? Él, sin embargo, está en gérmen en el presente, pues es la consecuencia de lo que le precede; no hay efecto sin causa, y quien pueda conocer las causas, conocerá seguramente los efectos. Lo que llega no puede dejar de llegar, desde que está determinado por causas existentes, siendo la voluntad humana, que nos parece dotada de un cierto libre albedrío, una de esas causas. En la actualidad, no es hacer acto de credulidad el admitir la realidad de los presentimientos y de ciertas premoniciones.

No hace mucho, tampoco, las apariciones eran rechazadas como obras de la alucinación; hoy ya se conviene en que se debe ser menos intransijente al respecto. Ciertas personas no han tenido conocimiento de la muerte de un pariente, de un amigo, sino por una comunicación de órden psíquico que no ha necesitado para trasmitirse, ni el servicio postal ni el hilo telegráfico. Los fenómenos de telepatía, debidamente observados, existen en tan gran número que el negarlos ya no es posible. Un ser alejado de nosotros por una gran distancia, puede aparecérsenos en el momento de su muerte, y esa aparición puede ser vista por muchos testigos.

Hace cuarenta años, las mesas giratorias hicieron derramar ríos de tinta; ciertos sabios, muy dignos de estima, han creído esplicarlas por movimientos musculares inconscientes, mientras que otros, los han atribuído á la superchería de los asistentes. Pero, la observación atenta ha hecho progresos; los movimientos pueden ser producidos por un contacto sumamente débil, y aún sin contacto alguno, por una fuerza invisible emanada del ser humano y que parece tener alguna relación con la electricidad. Ya no se puede rechazar los hechos como obras de la aberración ó de la estupidez.

No entraré en la exposición de los innumerables fenómenos que pertenecen al mundo de las fuerzas psíquicas invisibles, bastándome añadir que las manifestaciones del alma comienzan á ser estudiadas por el método experimental; aunque debemos constatar que en este órden de hechos no podemos casi nunca *experimentar*, sino solamente *observar*, lo que reduce considerablemente el campo de los estudios. Además, son tan groseras las condiciones de la vida orgánica terrestre, que nos encontramos, poco más ó menos, en la situación de un hombre que tuviese observaciones astronómicas que hacer en un país cuyo cielo se encontrara casi constantemente cubierto por las nubes.

Estas condiciones de escepción, son tanto más de sentir, cuanto el problema del alma, que es el mismo de la supervivencia, es, sin contradicción, la más interesante y la más importante de las cuestiones, pues que se trata en ella de nosotros mismos, de nuestra naturaleza íntima, de nuestra inmortalidad ó de nuestro aniquilamiento. Se debe pues aplaudir los esfuerzos de todos los que tienden á traer nuevos documentos para la elucidación del misterio con que queda envuelto nuestro destino ulterior.

Nadie puede negar que las religiones no hayan, hasta el día presente, dado satisfacción á nuestras esperanzas. ¿Los estudios psíquicos lo podrán conseguir?.....

.....

El porvenir hará, puede ser, que la ciencia y la religión se encuentren reunidas en una sola síntesis. Estudiemos, observemos, busquemos.

CAMILO FLAMMARIÓN

COSAS EXTRAÑAS

(ARTICULO TRADUCIDO "DE LA JUSTICE")

Hace algunos días, distraía la atención de los lectores de *La Justice* á propósito de las curiosas experiencias del señor coronel Alberto de Rochas sobre la esteriorización de la sensibilidad. Sin poner en duda por un solo instante la buena fé científica del esperimentador, espresaba, sin embargo, la opinión de que tales experiencias, á causa de su misma delicadeza, deberían ser repetidas gran número de veces y severamente controladas, antes de deducir de ellas una conclusión científica rigurosa.

Era esta también la opinión del señor de Rochas, quien con motivo del artículo de *La Justice* ha creído deber comunicarme las curiosas observaciones hechas en casa del profesor X... por el señor E. Boirac, doctor en letras y profesor de filosofía en el liceo Condorcet.

Debo de agregar que las aserciones del Dr. Boirac, merecen toda confianza. Sus trabajos filosóficos, son una garantía de ello. Su obra *La Idea del fenómeno* publicada hace algún tiempo, es notable, y una de las mejores de nuestra jóven escuela de filosofía científica.

Habiendo preguntado el Dr. Boirac al profesor X... qué pensaba de las experiencias de Rochas sobre la sensibilidad esteriorizada, le contestó aquél: «Venid á casa el domingo á la noche y trataré de reproducirlas en vuestra «presencia, á fin de que vos mismo podais apreciarlas personalmente.»

El día indicado, se presentaba Boirac en casa del profesor X... siendo introducido por un mocetón de quince á diez y seis años, robusto, bien plantado, moreno y de ojos vivos y penetrantes. Era el sujeto del que se iban á servir para las experiencias.

«Recordareis sin duda, dijo X... á su visitante, las críticas aparecidas en « los diarios sobre los extraordinarios fenómenos descubiertos por de Rochas. « Me inclinaba, lo confieso, á compartir la opinión de los que no veían en « esta pretendida esteriorización de la sensibilidad» sino efectos de sugestión, tal vez de simulación, causas ambas de errores frecuentes y considerables en este orden de experiencias.

Observad que las personas que hablaban así eran médicos casi todos, cuya opinión forma autoridad en la materia: declaraban no haber observado jamás nada parecido. Sin embargo, en el mes de Junio último acababa yo de dormir por segunda ó tercera vez á un sujeto, no este que veis, sino un jóven obrero parisiense, casi de la misma edad, cuando se me ocurrió de repente probar la experiencia.

Hice traer un vaso lleno de agua hasta la mitad y sin comunicar á nadie mi intención lo puse en manos del sujeto dormido. No tenía muchas esperanzas de éxito, pues, según lo que había leído, el fenómeno tenía por condición necesaria un estado particular de sueño, una especie de sueño de cuarto ó quinto grado, y mi sujeto había sido dormido en algunos segundos por la fijación de la mirada. Sin embargo, al cabo de dos ó tres minutos retiré el vaso, me alejé tres ó cuatro metros é introduje de repente mis dedos en el agua. Instantáneamente el sujeto, que se mantenía de pié, con los ojos cerrados, se estremeció como si hubiera recibido el choque de una descarga eléctrica. Interrogado al respecto, manifestó que acababa de ser golpeado en la mano é indicó aquella que había puesto encima del vaso. Comprimí enseguida el agua entre mis dedos é inmediatamente se puso á gritar diciendo que le hacía mal, que le torcía las manos, é imitaba con su mano el movimiento que yo acababa de hacer en el agua.

Los mismos fenómenos se reprodujeron cuando me colocaba á tres ó cuatro metros detrás de él. Desde entonces he renovado y variado estas esperiencias con el mismo sujeto, con otro obrero parisiense como él, y en fin, con el montañés que acabais de ver: siempre durante el sueño hipnótico.

Esas esperiencias me han dado resultados que concuerdan en todos los puntos esenciales y que publicaré probablemente algún día; pero esta noche deseo ensayar algo nuevo.

«Cómo seguramente lo sabeis, no existe diferencia absoluta entre el estado « de vigilia y el estado de hypnotismo. Se pasa de uno á otro por una série « indefinida de grados y todos, ó casi todos los fenómenos de atracción, « contracción, sugestión, etc. que se producen durante el sueño, pueden ser « obtenidos en el estado de vigilia en la mayor parte de los sujetos. Asi, « pues, es permitido suponer que se puede esteriorizar la sensibilidad de « un sujeto despierto. Vamos á tratar de verificar la hipótesis.»

A estas palabras el profesor hizo venir á Juan, y cuando éste se hubo sentado, puso en mis manos un vaso medio lleno de agua.

El Dr. Boirac examinó al sujeto con curiosidad; evidentemente estaba bien despierto y contestaba sin embargo á todas las preguntas que se le dirijían. Parecía intrigado, sobre todo, con el vaso de agua. Después de algunos instantes, el profesor le pinchó suavemente la muñeca, preguntándole si sentía algo, á lo que contestó: *no mucho.* Reiterado el pinchazo uno ó dos minutos más tarde provocó esta respuesta: *Ya no siento nada.*

Entonces, según el Dr. Boirac, empezó la más asombrosa sucesión de fenómenos que se pueda imajinar. He aquí lo que cuenta: «El profesor hizo « ademán de pinchar el aire arriba de la muñeca y el sujeto tuvo un sobre- « salto, diciendo que se le hacia daño. Fué retirado el vaso y estudiamos « esta extraña sensibilidad, proyectada fuera de la piel hasta una distancia « de 12 centímetros próximamente. Por mí mismo constaté que el sujeto « no sentía las pinchaduras producidas en la piel; en cambio bastaba com- « primir ó retorcer el aire encima de ella para hacerlo estremecer y hasta « gritar.

«El sujeto no nos miraba ya con la misma confianza y se resistía.

«Así, cuando el profesor tomó de nuevo el vaso, preguntó si se le iba á « hacer daño, y fué necesario prometerle que procederíamos suavemente. « Pero apenas hubo rozado X la superficie del agua cuando Juan se estreme- « ció, diciendo que acababa de ser lastimado y señalaba el epigastrio. En é « mismo epigastrio sintió una pinchadura hecha en el agua, y percibió las vi- « braciones de un reloj puesto encima del vaso. Cuando imprimíamos al líquido « movimientos giratorios, decía que el corazón le daba vueltas; y si estos eran « acelerados, provocaban una especie de danza en el vientre que, por favor, « nos pidió hiciéramos cesar. De repente se le ocurrió al profesor X... soplar « ligeramente en el agua, y entónces vimos al jóven cerrar los ojos y caer

« inerte, como un herido por el rayo; este soplo lo había dormido. Al ser des-
« pertado por medio de algunos pases sobre la frente, pareció no recordarse
« de lo que acababa de suceder.

« Voy ahora, dijo el profesor X... á ensayar la experiencia en sentido in-
« verso, es decir, á influenciar á mi vez el vaso y á ponerlo en manos del
« sujeto que introducirá sus dedos en el agua.

« ¿Qué resultado, se preguntó el Dr. Boirac, podrá obtener de tal expe-
« riencia? ¿Esperará acaso sentir también los contactos que el sujeto pro-
« duzca en el agua? Y su curiosidad aumentó, aún más, cuando vió al ope-
« rador tapar con un paño la cabeza del sujeto, el cual había introducido en
« el vaso dos dedos de la mano derecha».

Entónces, continuó el Dr. Borac, nos alejamos á una distancia de ocho metros y el profesor me presentó silenciosamente su muñeca derecha indicándome por señas que la pinchara con el alfiler. Obedecí, pero el sujeto no hizo movimiento alguno. «Bueno! dijo el profesor X... la experiencia ha fra-
« casado; sin embargo creía poderla realizar, como las demás, en estado de
« vigilia: el sueño es indudablemente una condición necesaria para ello. Dur-
« mámosle».

Dormido el sujeto, fué renovada la experiencia, pero esta vez en cuanto el Dr. Boirac daba un pinchazo al operador, el sujeto se extremecía y se quejaba indicando su muñeca derecha en la que parecía recibir una sensación muy viva. Habiendo interpuesto un escudo entre el sujeto y los esperimentadores se produjo la misma simpatía instantánea. El profesor X... hizo señas al Dr. Boirac de tomarle de la mano, y un tercer asistente, que acababa de entrar en ese instante, es invitado á darle un pinchazo en la muñeca.

El sujeto recibe la sensación al mismo tiempo que Boirac, pero mucho más violenta, como si se trasmitiese por el cuerpo del profesor X... esperimentando simultáneamente un sufrimiento intolerable. «Voy á despertarlo» dice X... y entónces se produce un nuevo fenómeno, tal vez más incomprensible que los otros, pues lo hace por medio de pases, *no al rededor de la frente, sinó encima del vaso.*

A medida que efectúa los pases, los párpados del sujeto empiezan á moverse, vuelven las pupilas á su estado normal, y se abren por fin los ojos sin que el sujeto recuerde, naturalmente, lo que ha ocurrido.

Estos son los hechos comprobados por un observador concienzudo y fiel como el Dr. Boirac, y de tal modo escrpuuloso, que no vacila en afirmar que si no los hubiese visto con sus propios ojos habría acusado seguramente de impostura al que se los hubiera relatado.

Las puertas de la nueva ciencia que debemos al coronel de Rochas están ahora abiertas á las investigaciones. Sus observaciones rejistradas no dan lugar á dudas sobre la realidad de ciertos fenómenos hasta aquí negados ó no explicables, y si la nueva ciencia adelanta en su camino, dice el Dr. Boirac, nuestros hijos verán cosas muy extrañas.

Nuestro deseo sería verlas nosotros mismos.

FILIBERTO ROGER.

CREENCIAS FUNDAMENTALES DEL BUDDHISMO

(CONCLUSIÓN)

XI

LA ESENCIA DEL BUDDHISMO, TAL COMO LA RESUMIÓ EL TATHAGATA (BUDDHA) MISMO, ES: CESAR TODO PECADO—ADQUIRIR LA VIRTUD—PURIFICAR EL CORAZÓN.

Estas son, á la letra, las recomendaciones morales ordinarias (cuyo alcance y sanción conocemos ya), que constituyen la base de todas las religiones, y que, despojadas de su ropaje de dogmas simbólicos, pertenecen todas á la misma religión.

Esa religión única, que es la Religión de la Sabiduría ó Religión Ciencia, es la Teosofía fundada en la Ciencia Oculta, de la cual no es otra cosa más que el aspecto espiritual y metafísico.

Esa uniformidad demuestra claramente que el fondo de todas las religiones es común; que todas tienen el mismo origen y la misma madre.

Pero perdieron el sentido esotérico de sus símbolos, y no siendo ya iniciados, como en el pasado, los sacerdotes que las enseñan, han concluído por adoptar la letra material, destinada á las masas ignorantes é incapaces de contemplar la verdad, á menos de que se la cubra con un triple velo, del mismo modo que sólo á través del espesor de un cristal ahumado, podemos mirar el sol.

De aquí que sus enseñanzas estén desprovistas de toda vida, y que no teniendo ya nada que decir, á medida que se eleva la Humanidad en derredor

suyo, porque ellos nada más saben, se agiten en el absurdo y vean apartarse de ellos las inteligencias, para caer en la negación que es impotente para crear y para explicar cosa alguna: en un materialismo grosero donde florece el egoismo personal, y rivalizan de tal modo los apetitos inferiores, que nos vemos amenazados de la peor de las barbaries.

XII

EL UNIVERSO ESTÁ SOMETIDO Á UNA CAUSALIDAD NATURAL, CONOCIDA BAJO EL NOMBRE DE "KARMA". LOS MÉRITOS Y DEMÉRITOS DE UN SER, EN SUS PASADAS EXISTENCIAS, DETERMINAN SU CONDICIÓN EN LA EXISTENCIA PRESENTE; CADA HOMBRE, PUES, HA PREPARADO LAS CAUSAS DE LOS EFECTOS QUE ACTUALMENTE EXPERIMENTA.

Hemos llegado al punto culminante.

Todo descansa en la *Ley del Karma.*

Es la piedra angular del edificio entero, la explicación y la justificación del misterio de la existencia.

¿Cuál es, pues, esa ley del Karma?

La LEY, que sin excepción alguna rige al Universo entero, desde el invisible é imponderable átomo hasta los soles; desde el infusorio, hasta los más elevados Dioses de la jerarquía ó evolución celeste, que sucede á la jerarquía ó evolución terrestre; y esa ley consiste en que *toda causa produce su efecto*, sin que nada pueda impedir ó desviar el efecto una vez producida la causa.

La Causalidad absoluta está en todas partes.

Exprésase esta verdad por la palabra KARMA.

Karma es el lazo inevitable entre la causa y el efecto, y aplicado al hombre, significa que *el hombre recoge aquello que ha sembrado*: ni más ni menos; y sea lo que fuere aquello que sembrara en su paso por la vida terrestre, lo cosechará hasta el último grano: cizaña ó trigo, rosas ú ortigas.

Nadie puede eludir esa ley, por elevado ó humilde que sea el puesto que ocupe en la escala interminable de la Evolución.

«Lo que hay Arriba es como lo que hay Abajo», y la Ley es UNA.

Cuando disparamos un tiro, ningún poder humano ni divino es capaz de impedir que la bala salga y hiera lo que encuentre á su paso.

Cuando pensamos, cuando obramos, ningún poder humano ni divino es capaz de impedir las consecuencias de nuestro pensamiento ó de nuestras acciones.

En esto nada puede borrarse con el sentimiento ni el arrepentimiento.

Si por imprudencia ó por una série de circunstancias independientes de nuestra voluntad, como en el caso de una bala perdida, para servirnos del mismo ejemplo, matamos al ser más querido de nuestro corazón: nuestra mujer, nuestra madre, nuestro hijo ó amigo, ¿acaso le devolverán la vida nuestra desesperación y nuestras lágrimas?

Y como nada puede hacer que lo efectuado no haya sido llevado á cabo, ¿será entonces la víctima sola de nuestra imprudencia, de nuestra torpeza ó de nuestro error, quien haya de sufrir las consecuencias, en tanto que el autor del mal queda desquitado, derramando unas cuantas lágrimas y lamentando lo ocurrido?

Esto sería demasiado cómodo, y las causas engendradas por nosotros, sólo producirían efectos contra los demás, nunca contra nosotros mismos, puesto que, salvo raras excepciones, sentimos y lloramos siempre de muy buena gana las faltas que hemos cometido, los errores en que incurrimos, al observar que todo ello ha redundado en perjuicio nuestro, ó cuando, amortiguada la pasión que nos impulsó á cometerlos, reconocemos nuestro error.

De nada sirven el arrepentimiento y el remordimiento, como tampoco la oración.

Nuestras oraciones y remordimientos no modifican la Ley, que es inmutable; de otro modo, ésta sólo sería el capricho y la más monstruosa de todas las iniquidades, no siendo igual para todos y absoluta.

Esto parecerá muy duro, pero no es sino justo.

Acostumbrados á la bajeza moral por las enseñanzas que hemos recibido, retrocedemos ante nuestra responsabilidad, y siempre conservamos esperanzas de burlar la Ley.

Nos complacemos en la idea de un Dios, buen padre de familia, indulgente, que se deja enternecer por nuestras lágrimas y oraciones, perdonándonos ó realizando nuestras esperanzas, si sabemos arreglarnos con él.

Tal Dios no existe.

Somos lo que nos hacemos á nosotros mismos, y recogemos lo que hemos sembrado; *todo* aquello que hemos sembrado.

Pero dirán algunos: la ignorancia no es un crimen, podemos cometer el mal queriendo obrar el bien.

No olvidemos que los pensamientos son más graves y más importantes que los actos.

En tal caso, engendramos dos causas que originan dos efectos.

Si el acto fué malo, sufriremos necesariamente sus consecuencias.

Si fué bueno el pensamiento, recogeremos su fruto.

Por esta razón, la cosecha de cada una de nuestras vidas nunca es completamente buena ni absolutamente mala, salvo en raras excepciones.

¡*Todo se paga, pero todo se cobra* y nadie escapa á su Karma!

¡Entonces, nos argüirán, esto es la fatalidad! ¡No existe libertad alguna!

Cuando lanzamos una piedra, ¿dejamos, acaso, de ser libres y responsables porque no podamos impedir que choque contra lo que encuentre en su camino?

Libres somos de no lanzar la piedra.

Somos libres de obrar ó dejar de obrar de tal ó cual modo. Una vez llevado á efecto el acto, ya no dependen de nosotros las consecuencias.

El hombre trabaja para su porvenir, y lo crea cada día con sus pensamientos y sus acciones, y no puede evitar ese porvenir, fabricado por sus propias manos, y que es su Karma, y sufrirá ese Karma más allá, después de su muerte, en las condiciones en que le ha de colocar su nueva personalidad en la reencarnación siguiente.

Un *Maestro* ha dicho:

«El hombre no puede eludir su Karma; pero el modo en que lo considere, engendra un mal nuevo ó un nuevo bien para el porvenir. Debe marchar hoy en el ambiente que ha creado; pero sus esfuerzos cambian su futuro ambiente. Así como es seguro que el *presente* es el *producto* del *pasado*, también es seguro que el *porvenir* será el *producto* del *presente*; y así no es el hombre esclavo de su destino, sino dueño y creador del mismo.»

Sólo con la teoría de una existencia única seguida de una Eternidad de castigos ó recompensas, podría existir la fatalidad; y esa desproporción monstruosa entre la causa y el efecto, sólo queda corregida por el concepto, más monstruoso aún, de una ley caprichosa y de un Dios tolerante que se deja enternecer por lágrimas ú oraciones, remordimientos ó promesas.

Volveremos á esta tierra centenares y aun millares de veces, mientras no se extinga en nosotros el deseo de la vida terrestre. Y tenemos centenares y millares de veces la oportunidad de apelar y de conquistar nuestra salvación é imortalidad, aprovechando las experiencias adquiridas.

No nos asiste razón, por tanto, cuando acusamos á los demás ó al destino de nuestras desgracias y sufrimientos, por inmerecidos que éstos puedan parecernos, al tener sólo en cuenta nuestro presente estado moral.

Todo ello es la liquidación del pasado y la preparación del porvenir.

Nadie tiene que ver en ello fuera de nosotros mismos. Ese destino que

maldecimos y acusamos, es Karma, ó sea nuestra obra personal; y sólo existe un culpable: nosotros mismos.

Así, pues, fuera juegos inútiles, fuera cobardías, no imitemos al niño amenazando con su puño á la piedra contra la cual tropezó, y no desfallezcamos bajo el peso que con nuestras propias manos hemos colocado sobre nuestras espaldas.

Tengamos valor, no contemos con nadie, ni aquí abajo ni más allá, y subamos el áspero sendero que nos hemos trazado, para llegar á la florida cumbre si sabemos alcanzarla.

Mas se presenta la siguiente objeción: No recordamos nuestras existencias anteriores; ignoramos cuáles sean las faltas porque somos castigados; por consiguiente, queda perdida la experiencia adquirida: de nada nos sirve ésta.

A esto contestamos: si existiese ese recuerdo, ningún progreso moral, ningún desarrollo espiritual sería posible por nuestro propio esfuerzo; y á nuestro esfuerzo lo hemos de deber todo.

Una madre castiga severamente á un hijo que maltrató á su hermanito. Aquél no volverá á hacerlo. ¿Por qué? Porque se acuerda del castigo y lo teme.

¿Dónde está el progreso moral?

Para que exista este progreso, preciso es que se abstenga de pegar á su hermano, porque juzgue este acto inícuo y malo en sí.

Si supiésemos exactamente por qué faltas del pasado sufrimos hoy día, evitaríamos volver á caer en esas faltas, por temor á sus consecuencias y no por otra cosa.

¿Dónde estaría el progreso moral?

Debemos evitar el mal por razón de nuestro desarrollo espiritual, por amor al bien, por el bien mismo.

Conociendo la ley de Karma, sabemos que recogemos lo que hemos sembrado, pero lo sabemos de una manera general, no en detalle; lo sabemos por la comprensión de la Verdad, de la ley de Causalidad, y esto es ya un progreso que nos encamina hácia el Sendero de Luz.

Además, cuando hemos alcanzado cierto grado de desarrollo espiritual, recordamos algunas de aquellas reencarnaciones—existen de ello varios ejemplos históricos—y en el momento en que tocamos al Nirvána, volvemos á ver todas nuestras experiencias sucesivas, desde las formas inferiores de la materia más grosera, hasta las más etéreas.

Si en nuestro estado actual de desarrollo no recordamos por lo general,

nuestras vidas anteriores, no obstante nada se pierde, puesto que volvemos á traer en cada renacimiento la suma completa de aquéllas en nuestros instintos, tendencias, vocaciones y facultades atrofiadas ó desarrolladas; en la inmensa cantidad de ideas *innatas* que inconscientemente llenan nuestra conciencia.

Los rasgos de génio que maravillan á la Humanidad, y las precocidades infantiles, como la de Mozart, músico á la edad de cuatro años, y así mismo una multitud de fenómenos inexplicables, no son más que *reminiscencias*.

Se ha dicho hace tiempo que:

«Aprender es recordar.»

*
* *

Tiempo es ahora de que expliquemos lo que es el hombre, de quien sin cesar hablamos, á los ojos de la Teosofía, y conforme á los datos precisos de la Ciencia Oculta.

Aunque se trate de la verdad exotérica, ésta ya es suficiente.

No es el hombre la máquina de que nos hablan los materialistas.

No es tampoco esa dualidad compuesta de un cuerpo perecedero y de un alma inmortal, de que tratan el cristianismo y las filosofías espirituales de Occidente.

Estos son conceptos groseros á que dan de lado, con razón, los espíritus justos y las inteligencias elevadas.

No podemos entrar aquí en demostración alguna, y hemos de contentarnos con la rápida nomenclatura de los elementos que constituyen ese pequeño Universo, llamado el Hombre.

Los que deseen saber más sobre el particular, deben estudiarlo en los tratados especiales, y sobre todo, en sí mismos.

El hombre se compone de *siete principios*, que son, partiendo desde abajo (1):

1° *Sthula-Sarîra.* —El cuerpo físico

2° *Linga-Sarîra.* —El cuerpo astral.

3° *Prana* . . . . . —La vitalidad.

4° *Kama* . . . . . —El alma animal, ó sea aquel compuesto de deseos, pasiones y emociones que poseemos en común con los animales.

(1) Nos vemos obligados á dar primero los nombres sanskritos, porque no existen en nuestras lenguas occidentales equivalentes exactos para estas nuevas verdades.

5° *Manas*..... — El alma humana, propiamente dicha, centro del pensamiento, de la inteligencia.

6° *Buddhi* ....—La espiritualidad, el vehículo en el que reside y por el que se manifiesta:

7° *Atmâ*..... — El Espíritu: reflejo del Espíritu divino en nosotros.

Los cuatro primeros principios, es decir, el cuerpo físico, el cuerpo astral, la vitalidad y el alma animal, se separan y nos abandonan á la muerte.

Nada de esto persiste, y esto es lo que constituye verdaderamente la PERSONALIDAD, es decir, el ser de carne y hueso, animado de pasiones y deseos, guiado por los instintos, que se llama el Sr. X. ó la Sra. Z., y que es lo único que nuestros sentidos no desarrollados pueden percibir.

Es lo único que conocen los materialistas.

Y tienen razón: tal ser muere, ó mejor dicho, es abandonado por sus elementos, para ir á formar otros agregados.

De esa parte de nosotros mismos somos tan sólo usufructuarios.

Nadie niega el cuerpo, ni la fuerza vital, ni aquella alma animal, sea cual sea el nombre que se les dé.

Muchos ignoran todavía al *Cuerpo Astral*, aunque su existencia haya quedado demostrada científicamente, sobre todo por los hermosos trabajos del coronel de Rochas, y reconocida por un buen número de sabios, quienes en vez de reirse ó de negar el hecho, *han procurado comprobarlo.*

El cuerpo astral, formado de materia infinitamente sutil y ténue, es el *doble* del cuerpo físico; sobre el está modelado el cuerpo físico. Le precede y sobrevive por más ó menos tiempo; pero, sin embargo, se desintegra y muere á su vez.

Los tres principios superiores son los únicos llamados á la inmortalidad.

Se encuentran en estado latente y potencial en todos los hombres; es necesario desarrollarlos, adquirir el conocimiento de ellos, descubrirlos en nosotros mismos, y sólo á este precio podemos obtener la inmortalidad.

La Humanidad actual está evolucionando ahora su *Manas* ó alma humana, el más bajo de los tres principios superiores.

Muchos hombres están muy léjos aún de haber efectuado esta evolución. ¡Cuántos hay que no han pasado todavía del alma animal!

Buddhi, la *Espiritualidad*, tan superior á la inteligencia como lo es el alma humana al alma animal, no está todavía desarrollada en casi nadie, ni siquiera de modo embrionario.

En cuanto al séptimo principio, Atma, no hay para qué hablar.

Sólo los Maestros ó Mahatmas han evolucionado actualmente el sexto principio ó Buddhi. Cuando un hombre ha alcanzado tal punto, se halla en condiciones para el Nirvâna; y si permanece sobre la tierra, es efecto de su libre elección, para ayudar á sus hermanos, aún atrasados en los senderos de la evolución.

La muerte es, por consiguiente, una serie de *desencarnaciones sucesivas* de las distintas envolturas que aprisionan al *Manas* ó al alma humana, el cual es el depósito de todas las experiencias acumuladas de nuestras vidas sucesivas.

Muere primero el Cuerpo físico.

La Vitalidad y Kama, ó alma animal, persisten por algún tiempo en el Cuerpo Astral que se desintegra y á su vez muere.

Al fin, desprendida ya el alma de los lazos que la sujetaban, desprendimiento que pueda tardar más ó menos en realizarse, según el grado de desarrollo espiritual, entra en un estado especial de conciencia llamado *Devachán*, que es el paraíso de las religiones vulgares. He aquí lo que acerca del Devachán dice Annie Besant, transmitiendo las enseñanzas de los Maestros: «Es un estado mental de felicidad en donde el alma se asimila las experiencias de la vida que acaba de pasar en la tierra, y en el cual se desarrolla aquélla y termina todos los pensamientos comenzados durante esa vida.

«A una existencia compuesta de pocos pensamientos y de poco amor, seguirá un Devachán insignificante; mientras que una vida llena de sentimientos elevados dará lugar á un Devachán muy importante. El amor desinteresado, los pensamientos nobles, las aspiraciones puras y demás sentimientos análogos del alma, constituyen un estado devachánico feliz.

"La esperanza, el deseo del bien y del progreso de la Humanidad, que no pudieron ser realizados, pueden elaborarse y afinarse durante la vida devachánica, de tal modo, que al volver el alma sobre la tierra podrá quizás ponerlos en práctica, habiendo adquirido ya el Saber por medio de la adversidad, y el modo de alcanzar el resultado por medio de la meditación.

"Separadas están las almas unas de otras por la ilusión de la materia; en el estado devachánico, ese velo ilusorio es más ligero y transparente que sobre la tierra, y por consiguiente, las almas que se quieren, se encuentran en aquel estado más unidas.

"El Devachán es la vida normal del alma, y las encarnaciones sucesivas no son más que *cortos* intervalos. Se dice que por regla general dura el Devachán quince siglos, mas esta duración no es fija, pues varía según las circunstancias.»

En resumen: siendo la ley Una y sin excepciones, bajo cualquier punto de

vista que se la considere, bajo cualquier aspecto que se la mire, somos creadores de nuestro Devachán, de igual modo que somos creadores de nuestra vida terrestre. (1)

XIV

EL BUDDHISMO DESAPRUEBA LA CREDULIDAD SUPERSTICIOSA. ENSEÑÓ GAUTAMA BUDDHA QUE EL DEBER DE UN PADRE ES INSTRUIR Á SU HIJO EN LA CIENCIA Y LA LITERATURA. TAMBIÉN ENSEÑÓ QUE NADIE DEBE CREER LO DICHO POR CUALQUIER SABIO, NI LO ESCRITO EN CUALQUIER LIBRO, NI LO AFIRMADO POR TRADICIÓN, Á NO SER QUE ESTÉ DE ACUERDO CON LA RAZÓN.

Creemos que el Buddhismo es la única religión que rechaza la fe y no admite cosa alguna fuera del *conocimiento:* que reemplaza la CONVICCIÓN por la CERTIDUMBRE.

Respecto á este punto, está absolutamente de acuerdo con la Teosofía.

En efecto; la primera afirmación de la *Sociedad Teosófica*, es la de que no debe creerse nada bajo palabra, y que todo HA DE COMPROBARSE POR UNO MISMO.

Así, pues, lo que enseña y lo que acabamos de exponer, no debe *creerse* y *admitirse* como artículo de fe, aprendido de memoria y repetido, de igual modo que se repite un catecismo cualquiera, aun cuando no pareciese conforme á la razón y satisfaciese á la nuestra.

La razón no es infalible.

Es preciso asimilarse esas verdades, comprobándolas una tras otra, y detenerse, lo repetimos, sólo ante la certidumbre.

Unicamente hemos podido exponer aquí un programa y ofrecer los resultados y conclusiones de una ciencia: la Ciencia Oculta, que es, respecto á las demás ciencias, lo que el Sol comparado con un mal farol de aceite.

Si los que lean estas páginas—aun sin creer en ella, y en efecto, no deben creer *á priori*—se sienten atraídos por la superioridad moral, la grandiosidad lógica y la profundidad científica de esta doctrina que todo lo abarca y todo lo explica, habremos logrado nuestro objeto. Si desean ampliar este estudio y conocer realmente esa Teosofía que ha transformado ya en parte el movimiento del espíritu humano desde el año de 1875, época en que fué fundada la *Sociedad Teosófica,* les bastará leer las obras cuya lista se encuentro en la caráctula de toda Revista Teosófica.

ARTURO ARNOULD.
M. S. T.

---

(1) Un accidente ocurrido en último momento con los originalee de este trabajo, nos impide publicar el capítulo número XXIII con su comentario, por lo que solicitamos disculpa de nuestros favorecedores.

LA DIRECCIÓN.

LA BHAGAVAD-GÍTA

La *Bhagavad-Gîta*—es probablemente el libro más bello que han producido los hombres. Nunca se ha enunciado con más fuerza la unidad del principio absoluto de las cosas, esencia y punto culminante de la filosofía hindú, de la que deriva una moral que no ha sido igualada, moral no totalmente teórica, sinó práctica por excelencia, que reune los sentimientos más nobles de la naturaleza humana á la ley estóica del desinterés.

Hay que leer este pequeño libro para traer al espíritu ideales de que hoy carecemos.

Nuestras sociedades modernas, pretendidas cristianas, están fundadas sobre el egoismo y sobre el egoismo más estrecho: el interés El interés personal es lo que hoy mueve á los hombres, lo que los agrupa ó precipita los unos contra los otros. El amor del bien por el bien mismo, raras veces es su móvil.

Se quiere gozar de la vida sin obstáculos de ninguna especie, y las concesiones que se hace á los desheredados tienen por único objeto apaciguarlos, no elevarlos á una vida superior.

Nuestras grandes revoluciones han sido explosiones populares contra el egoismo del pasado. Han sustituído la multitud al pequeño número, desencadenándo todos los apetitos; pero no han introducido un nuevo principio de moral pública y de virtud privada.

Esta regla de acción que no ha sido proclamada aun, se llama *la Ley del Sacrificio.* Nada se quiere sacrificar; se quiere adquirir todo y conservar todo.

A causa de esta ausencia de principios morales, las sociedades marchan á su pérdida. Ni las ciencias, ni las industrias, ni el comercio las salvarán, como no han salvado á las sociedades antigüas. El espíritu cristiano ha muerto á estas últimas, para ser expulsado á su vez, de nuestras leyes y de nuestras costumbres.

Léase, pues, este pequeño libro, y por él se verá que ha habido hombres que, pensando mejor que nosotros, trazaron el camino de la salvación.

Una palabra sobre este poema.—Bhagavad es Crishna, 10ª encarnación de Vishnú.—La religión que lleva su nombre es una de las más modernas de la India, y tiene grandes analogías con la del Buddha y la del Cristo. El poema se refiere como episodio al Mahâbbârata y comprende diez y ocho capí-

tulos ó *lecturas*. Su texto contiene cierto número de términos propios á la filosofía hindú y que varias personas emplean sin traducirlos. Nuestro idioma no alcanza á darles un significado exacto; pero puede aproximadamente hacer comprensibles las ideas. Por otra parte, el deber del traductor es hacerse inteligible para los que no están iniciados, pues los que quieran penetrar profundamente las doctrinas bramánicas recurrirán á otros textos sin atenerse esclusivamente á la *Bhagavad-Gita*.

EMILIO BURNOUF.

LOS VIVOS Y LOS MUERTOS

Pasando una vez el Cristo por el campo de las tumbas, encontró un joven que estaba de rodillas y lloraba delante de una cruz. Al verlo, Jesús se compadeció de su dolor, y aproximándosele le dijo: ¿Por qué lloras?

El joven se dió vuelta y extendiendo la mano respondió: Mi madre se encuentra allí desde hace tres días.

—No, hijo mío, vuestra madre no está ahí, contestó Jesús. Ahí solo se ha depositado el último vestido que abandonó; ¿por qué llóras, pues, sobre un despojo insensible? levántate y marcha; tu madre te espera.

El doliente movió tristemente la cabeza y dijo:—No, esperaré aquí á la muerte y ella vendrá; entonces, yo lo sé, me reuniré á mi madre.

—¡La muerte espera á la muerte y la vida busca la vida! No entristezcas con un dolor egoista y estéril el alma de aquella que te ha precedido; no retardes su marcha hacia Dios con tu desesperación y con tu inercia. Su amor vive aún en tu corazón, y no la habrás perdido si las haces vivir dignamente en tí. En vez de llorar á tu madre, resucítala! No me mires con admiración ni pienses que me burlo de tu dolor! Aquella cuya pérdida laméntas, está cerca de tí; uno de los velos que separaban vuestras almas ha caído; queda uno todavía, y, separados solo por ese velo, debeis vivir el uno para el otro; tu trabajarás para y ella rogará por tí.

—¿Cómo trabajaré para ella? respondió el huérfano; ahora que está debajo de tierra, no tiene ya necesidad de nada.

—Te engañas, hijo mío, confundiendo aún el cuerpo con el vestido. Ella

tiene más que nunca necesidad de inteligencia y de amor en el mundo donde vive. Tú eres la vida de su corazón y la preocupación de su espíritu, y ella te llama en su ayuda.

Para tener el derecho de descansar, es preciso trabajar. Si no trabajas por tu madre, torturarás á su alma. Es por eso que decía: Levántate y marcha, por que el alma de tu madre se levantará y marchará contigo, y tú la resucitarás en tí si haces fructificar su pensamiento y su amor.

Ella tiene un cuerpo en la tierra, es el tuyo; tú tienes un alma en el Cielo, es la suya. Que esta alma y este cuerpo marchen juntos, y tu madre revivirá.

Creedme, hijo mío, el pensamiento y el amor no mueren jamás, y aquellos á quienes creis muertos, viven más que tú si ellos piensan, y más, todavía, si ellos aman.

Si la idea de la muerte te entristece y te espanta, refugíate en el seno de la vida; es allí que encontrarás a todos aquellos que te aman.

Los muertos son los que no piensan y no aman, pues ellos trabajan para la corrupción, y la corrupción á su turno los trabaja.

Deja, pues, á los muertos llorar sobre los muertos, y vive con los vivos!

El amor es el lazo de las almas, y, cuando es puro ese lazo, es indestructible.

Tu madre te precede, marcha hácia Dios, pero está encadenada á tí; y si te duermes en la pena egoista, ella estará obligada á esperarte y sufrirá.

Pero yo te digo, en verdad, que todo el bien que puedas hacer, le será tenido en cuenta á su alma, mientras que si haces el mal, ella sufrirá voluntariamente la pena.

Por eso te repito: si la amas, vive para ella.

El joven entonces se levantó, sus lágrimas cesaron de correr y contempló la fas de Jesús con admiración, pues la cara del Cristo estaba radiante de inteligencia y de amor, resplandeciendo la inmortalidad en sus ojos.

Tomando al joven de la mano, Jesús le dijo: —Ven.

Le condujo en seguida sobre una colina que dominaba á la ciudad entera, y exclamó:—¡Mira el verdadero campo de las tumbas!

Allá, en esos palacios que entristecen el horizonte, hay muertos á los que es necesario llorar más que á aquellos cuyos restos aquí están, pues, esos, no descansan. Se agitan en la corrupción y disputan su pasto á los gusanos; son semejantes al hombre que ha sido enterrado vivo. El aire del cielo falta á sus pulmones, y la tierra pesa sobre ellos. Están clavados en las

estrechas y miserables instituciones que se han hecho, como en las tablas de un féretro.

Joven que llorabais y cuyas lágrimas ha secado mi palabra, llora y gime ahora sobre los muertos que sufren aún! llora sobre aquellos que se creen vivos y que son cadáveres atormentados! Es á esos á quienes hay que gritar con una voz poderosa: Salid de vuestras tumbas! Oh! ¿Cuándo resonará la trompeta del ángel?

El ángel que debe despertar al mundo, es el ángel de la inteligencia, el ángel que debe salvarlo, es el ángel del amor.

La luz será entonces como el relámpago que se levanta en el oriente y que es visto al mismo tiempo en el occidente. A la voz de aquél el cuerpo del Cristo, que es el pan fraternal, será revelado á todos, y alrededor del cuerpo que debe alimentarlos las águilas se reunirán!

Entonces el verbo humano, libertado de los intereses egoistas, se unirá al Verbo divino; y la palabra unitaria, resonando en el mundo entero, será la trompeta del ángel.

Los vivos se levantarán, los vivos á quienes se les había creído muertos y que sufrían esperando la liberación y todo lo que no es muerto se pondrá en marcha é irá delante del Señor, mientras que las cenizas de aquellos que no son más, serán barridas por el viento.

Joven, ténte pronto, y guárdate de morir! Vive para aquellos que amas, ama á aquellos que viven, y no llores á los que han subido un grado más en la escala de la vida; llora á los que están muertos!

Tu madre os amaba, os ama, por consiguiente, mucho más en este instante en que su pensamiento y su amor están libres de las barreras pesadas de la tierra. Llora por los que no piensan en tí y no te aman.

Pues os digo, en verdad, que la humanidad no tiene sino un cuerpo y una alma, y ella vive por todas partes donde se siente trabajar y sufrir.

Un miembro que no es ya sensible al bienestar y al dolor de los otros miembros, está muerto y debe ser bien pronto suprimido.

Habiendo dicho estas cosas, el Cristo desapareció á los ojos del joven, quien, después de haber quedado algunos instantes inmóbil, y como herido por el recuerdo de un sueño, emprendió silenciosamente el camino de la ciudad, diciendo: Voy á buscar á los vivos entre los muertos.

Y haré bien á todos aquellos que sufren, sufriendo con ellos y amándolos á fin de que mi madre lo sepa y me bendiga en el cielo; pues, ahora comprendo que el cielo no está léjos de nosotros, y que el alma es al cuerpo lo que el cielo material es á la tierra.

El cielo que rodea y sostiene á la tierra se abreva de la inmensidad, como nuestra alma se embriaga de Dios mismo.

Y los que viven en el mismo pensamiento yen el mismo amor no pueden ser separados jamás.

ELIPHAS LEVI.

SOCIEDAD PSÍQUICA DE SAO PAULO

Por comunicaciones recibidas de la ciudad de San Pablo (Brasil), hemos sabido con placer la fundación allí, de un nuevo Centro de estudios psíquicos, cuyo nombre es el que encabeza estas líneas, y al frente del cual se encuentra el Ingeniero Dr. Gentil de Assis Moura, distinguida persona de dicha localidad, formando parte de la Comisión Directiva otros individuos no menos dignos de aprecio por sus conocimientos y por su posición social.

Como lo indica la denominación adoptada por la nueva Sociedad, ella nace con el propósito de investigar los fenómenos de órden psíquico que tanto empiezan hoy á preocupar, en todas partes del mundo, á los hombres intelectuales que no se dejan sujestionar por la desdeñosa y aparente indiferencia con que consideran esos hechos las Academias Oficiales, quienes, cuando se les propone su exámen, cierran ojos y oídos, temerosas, tal vez, de que la luz que brote de aquellos, revele la poca consistencia de muchos de sus pretendidos dogmas.

Al enviar nuestra palabra de aliento á los miembros de la "Sociedad Psíquica de San Pablo", y al felicitarlos por el acto realizado, hacemos votos por que el mejor éxito corone sus legítimas aspiraciones.

LA DIRECCIÓN.

CANGE

Han visitado el último mes, nuestra mesa de redacción, las siguientes revistas, casi todas ellas llenas de un interesante material:

Sophia, de Madrid; *Revue Theosophique Française*, *Le Lotus Bleu*, de París; *The Theosophist*, de Adyar-Madrás; *The Váhan* y *The Theosophical Review*, de Londres; *Theosophia*, de Amsterdam; *Teosofia*, de Roma; *Constancia* y *Mercvrio de América*, de Buenos Aires, etc. etc.

PHILADELPHIA agradece á las redacciones de *Le Lotus Bleu*, *El Mercvrio de América* y *Constancia*, las palabras benévolas y alentadoras que le dedican.

La primera de dichas revistas se ocupa también de los trabajos realizados por LOB-NOR, miembro de la Rama argentina «Luz», de quien dá algunos datos biográficos y á quien envía sus felicitaciones por el mérito que aquellos tienen. En nombre de nuestro hermano, agradecemos esa justa manifestación.